

7. Padres y madres misericordiosos

Hemos visto que para san Benito solo quien sabe curar las heridas propias está capacitado para curar las heridas de los demás. Este sentido humilde de la autoridad refleja el Evangelio. Cuando Jesús nos pide: “Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,36), nos hace comprender que solo los pecadores que se dejan perdonar por el Padre pueden ser misericordiosos con los demás. Y no debemos olvidar la bienaventuranza de la misericordia: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5,7). Los misericordiosos son bienaventurados porque alcanzan la misericordia que necesitan ellos mismos en primer lugar. Solo quien hace una humilde experiencia de tener necesidad de la misericordia de Dios y de los hermanos y hermanas, puede ser misericordioso con todos. Por esto, me parece, que Jesús ha permitido que san Pedro le negase y tuviese así experiencia de su propia miseria y mezquindad, siendo consciente hasta sufrir por ella, hasta llorar amargamente. Solo así Pedro ha podido ser consciente de la misericordia infinita del Señor para con él, porque Pedro tenía que convertirse en la máxima autoridad de la Iglesia, y sin misericordia no se tiene autoridad, no se es maduro, porque la Iglesia está en el mundo para la salvación de los pecadores, para transmitir la salvación y sanación que Cristo muerto y resucitado representa para todas las heridas de la humanidad.

Cuando Jesús pregunta por tres veces a Pedro “¿Me amas?”, es como si le ofreciese la posibilidad de volver a Él después de cada negación. La llamada a amar a Cristo es el camino que la misericordia de Dios ofrece a cada pecador para volver al Padre. Y es aprendiendo este camino de vuelta al Padre misericordioso como se está en condiciones de ser pastores de las ovejas: “¡Apacienta mis ovejas!”, dice también por tres veces Jesús a Pedro (cfr. Jn 21,15-19).

En el fondo, Pedro es la primera oveja perdida que Cristo Buen Pastor ha ido a buscar y a conducir al redil. No es la oveja centésima la que se ha perdido primeramente, sino la primera (cfr. Lc 15,3-7), más aún, el primero de los pastores, el primero de los apóstoles. Y con su mirada y un diálogo de amor, Jesús lo ha restituido al redil para pastorear a todo el rebaño. Más tarde, también las ovejas del rebaño han comenzado a perderse, ahora una después otra. Pero Pedro ha aprendido de Jesús a buscar a las ovejas como él mismo ha sido buscado, encontrado y llevado al redil.

Cuando san Benito pide a los hermanos culpables que vayan a acusarse ante el abad y la comunidad, no es como si los enviase delante de un muro, o de una multitud anónima que tiene solamente que escuchar y basta. Les manda a un padre y a unos hermanos, a una madre y a unas hermanas, es decir, les hace “volver a casa”, a la familia, y el abad y la comunidad tienen un papel que jugar ante la humilde acusación de sí mismo del hermano culpable, un papel de misericordia, al menos en la oración por él, al menos en el afecto con el que lo acogen, con el que lo perdonan, con el que continúan su camino comunitario junto a él.

Es siempre un poco parecido a la parábola del hijo pródigo: la vuelta del hermano menor y su petición de perdón implican al hermano mayor: también él debe ir hasta el fondo en el misterio de la misericordia del padre, debe convertirse para llegar a ser misericordioso como su padre.

Los miembros de la comunidad deben recordar que también cada uno de ellos ha entrado en el monasterio como un hijo perdido que ha sido encontrado de nuevo, que cada uno de ellos ha venido de un país lejano para volver a casa y ha tenido la experiencia del abrazo del padre. Quien no tiene esta conciencia de sí mismo ante el hermano que ha fallado, quiere decir que aún no ha regresado verdaderamente a la casa, que el monasterio y la comunidad no son aún la casa del Padre en la que se ha sentido renacer a una vida nueva.

Este es el gran problema de los fariseos, de los tiempos de Jesús y de todos los tiempos, que sienten que son los primeros en la casa de Dios, que se ponen en primera fila en el Templo, pero que en realidad jamás han entrado allí como hijos perdidos que la misericordia de Dios ha encontrado y ha hecho revivir. Quien no tiene la experiencia de la misericordia del Padre no tiene experiencia de revivir, por lo tanto, es como si no fuera consciente de estar vivo, vivo de la vida nueva y eterna que Cristo nos da para vivir en Él, como hijos adoptivos del Padre.

Ser hijos adoptivos quiere decir tener la experiencia consciente de nacer a la vida. Cuando nacemos de nuestra madre no somos conscientes de nacer y de vivir. Pero cuando Dios nos adopta como hijos e hijas suyos en Cristo, es como un nacimiento consciente. Nos hacemos conscientes de estar vivos, de poder vivir con plenitud una vida nueva. Cuando entramos en el monasterio es para tener esta experiencia. La vida en comunidad debería ser una experiencia consciente de la vida para la que nacemos y a la que renacemos con el bautismo. Pero es una experiencia que solamente se tiene encontrando la misericordia de Dios, y por esto una comunidad cristiana y monástica está viva y es fecunda solamente si tiene y transmite la experiencia de la misericordia.

Por esto es tan importante que quien tiene la responsabilidad en la comunidad sea ante todo un experto en misericordia. El abad debe ser un hombre de misericordia, porque solamente así edifica una comunidad fraterna.

Como decía, san Benito no le pide ser perfecto, sino ser consciente de sus miserias y de su necesidad de misericordia, de sus heridas y de su necesidad de ser curado. El capítulo 2 de la Regla, que trata largamente de cómo debe ser el abad del monasterio, termina con esta frase tan significativa: “Mientras con sus exhortaciones da ocasión a los otros para enmendarse, él mismo va corrigiéndose de sus propios defectos” (RB 2,40).

Esto quiere decir justamente que el abad tiene también vicios, defectos que corregir. También él vive en un proceso de conversión, de corrección. También él tiene una constante necesidad de perdón, de misericordia. Pero es precisamente sirviendo a la

misericordia de Dios con respecto a la comunidad como él profundiza en ella para sí mismo, cada vez también más para sí mismo.

La coherencia de vida que san Benito pide al abad está al servicio de una corrección misericordiosa de los hermanos. Debe enseñar con las palabras, pero ante todo con el ejemplo. Y el ejemplo que puede dar siempre es precisamente el de reconocer el primero la propia fragilidad y mostrar que él es el primer necesitado de misericordia. En el capítulo 2, San Benito le recuerda la famosa enseñanza de Jesús sobre la corrección fraterna: “Tú que ves la paja en el ojo de tu hermano, ¿no has visto la viga que hay en el tuyo?” (RB 2,15; cfr. Mt 7,3).

Así pues, el abad debe comenzar su ministerio pastoral de guía y corrección para acompañar a los hermanos en la conversión desde la disponibilidad humilde a acusarse a sí mismo. Porque así no se limita a mostrar a los hermanos el camino de la vida, no se limita a describirla como si explicase un itinerario sobre un mapa, sino que la recorre primeramente él, y recorriéndola guía a todo el rebaño a avanzar en ella. El camino del buen pastor comienza desde la conciencia de su necesidad de misericordia.